

cual nos regaló (ni al diablo se le ocurre) el terceto de *los ratas* en *La Gran Via*. ¡El terceto de *los ratas*! ¡Quién imaginara verlo salir de labios de aquel angelito, nacido en la quinta parte del mundo, pues Edward era australiano!

No se había agotado el catálogo de las sorpresas: así que hubo cantado y representado el Benjamín, veo que se levanta la pastora, elige un cuaderno de música y se arrima al piano, rodeada de sus hijos. Calóse la pastora las gafas de oro: quitóse delicadamente sus mitones de seda, que puso bien doblados, sobre el velador; y contrayendo las cejas y apretando los labios como quien ejecuta una acción importante y absorbente, y acompañándose ella misma, rompió a entonar un cántico religioso, en que andaban como por su casa las *souls* y los *sins* (no pude entender más del texto). Al concluir la primer estrofa, toda la familia, agrupada en torno del instrumento, coreó el estribillo, y el mismo reverendo Baldwin, acercándose, poniendo su diestra sobre la cubierta del piano, arqueando su poderoso y elefantino esternón, sostuvo con voz becerril los falsetes de las muchachas. Miré a la cara de la pastora, y también a *Mó*. De los semblantes de las dos mujeres se había borrado la expresión habitual, en la una fina e insinuante, en la otra alegre y juvenil, sustituyéndolas—especialmente en la madre—cierta exaltación sombría y dura, como se nota en los personajes de algunos cuadros de martirio. Volvíme a ver qué gesto ponía Luis, y vi que no estaba en la habitación.

Acabado el concierto, nos brindaron una taza de té excelente, acompañada de una copa de Jerez y de ciertas golosinas que, si no recuerdo mal, se llaman *cracknells*. Me convidaron a que volviese, a que frecuentase la casa, y la pastora, sobre todo, me dijo con sorprendente cortesía: «¡Oh! ¡Oh! Creemos que usted no dejará de venir a vernos de cuando en cuando...»

Al salir desahugué con Portal:

—Esta gente será buenísima, todo lo que gustes; pero, vamos, que en devoción no se quedan atrás de la tití. Me huelen más a sacristía: te lo advierto.

—Ya sabes—respondió mi amigo secamente—que los protestantes observan y practican su religión. No son como nosotros.

—Lo dices en son de alabanza?

—Sí y no—repuso un poco amostazado.—Sobre eso habría mucho que hablar.

—¿Y por qué tu *Mó*, esa señorita tan ilustrada, les deja a sus hermanos cantar adefesios y los canta ella?

—¡Qué sé yo!—exclamó el oportunista.—¡Qué importa! Vamos, ¿qué tal? ¿No es guapa?

—De primera. Eso no puedo negártelo.

VIII

Y entretanto, ¿qué hacía la tití? ¡Ay! es lo único que aliviaba mi rabioso tormento: sufrir, sufrir probablemente cien veces más que yo. Sorprendida por la repentina asiduidad del esposo, doblaba el cuello; pero se desmejoraba, demacrábase su faz, y sus ojos relucían, como ascuas atizadas por la fiebre, detrás de los negruzcos párpados. Cualquier indiferente pensaría al mirarla: «Esta mujer está enferma. Peligra si no se cuida.»

Ocurrióseme un día hacer lo nunca hecho: seguir-la cuando iba por la mañana a sus devociones. No sospechando que lo atisbaba nadie, se entregaría libremente a aquella pena, único alivio de las mías propias. Puse por obra mi resolución. Dejando clases y dejándolo todo (qué me importaban las clases! ¡qué me importaba cosa alguna!) me aposté en la esquina aguardando que saliese Carmen. La ví aparecer, de-

vocionario en mano, rosario en muñeca, velo de blonda a la cara, no sé si por modestia o porque el eterno instinto de coquetería de la mujer la enseña a entrecubrir el rostro cuando en él asoman los estragos la pena o de la edad. Iba con paso ligero, como persona deseosa de hacer ejercicio y respirar aire sano. Por la calle de Jorge Juan bajó á la plaza de Colón, y desde allí, con gran sorpresa mía, en vez de tomar hacia el Prado para ddirigirse a las Pascualas, subió por la ronda de Recoletos. Diríase que, más que iglesia y oraciones, necesitaba esparcimiento, soledad, un paseo agitado, la ilusión de cierta libertad momentánea. Iba aprisa, tan aprisa, que el seguirla me costaba trabajo. Corría lo mismo que si huyese de sí propia o de algún perseguidor. No de mí: ni me había visto, ni me evitaría aunque me viese; al menos tal era mi convicción íntima.

Al final de la ronda dudó un instante qué dirección tomaría; por fin, describiendo con viveza un arco de círculo, se metió por la luenga calle de Almagro. «¡Cosa más rara!—discurría yo.—Lo que es por aquí, no hay ninguna iglesia de las que ella suele frecuentar.» No la había tampoco en la calle del Cisne, por donde torció hacia Chamberí. Era evidente que aquel correteo insensato ni tenía objeto, ni finalidad, ni cosa que lo valga. Al fin llegó a las intermediaciones de una iglesia; dudó breves instantes, y acabó por no pasar el umbral del templo. Este suceso, insignificante en apariencia, me dió en qué discurrir.

¿No iba a la iglesia? ¿Por qué? ¿Es que no se atrevía a consultar con Dios sus pensamientos? ¿Es que Dios no tenía ya fuerzas para consolarla? ¿Es que la desesperación avasallaba tanto su espíritu, que no la permitía acudir adonde siempre encontraron alivio sus males?

Casualmente la misma tarde se vió mi tío obligado a ir al salón de Conferencias para activar no sé qué intriga, y Carmen se quedó en casa. Por no infundir-

la recelo, yo también salí, pero volví al cuarto de hora. Llamé despacito, a fin de que ella no prestase atención al campanilleo. Entré haciendo el menor ruido posible hacia su cuarto. y la sorprendí como deseaba.

Sentada, o, por mejor decir, caída en el diván; con la labor abandonada sobre el regazo; la cesta de los ovillos de lana a sus pies; las manos cruzadas y casi crispadas en torno de las rodillas; los ojos enturbados por el dolor; la boca contraída en amargo pliegue; los pies juntos, como si cansados de recorrer penosos caminos aspirasen a inacción eterna... así la encontré. Había entrado sin que me viese, y pude considerarla buen rato. Al fin, nosé si el magnetismo con que la mirada llama por la mirada, u otra causa inexplicable, la avisó de mi presencia: se estremeció, se puso en pie, y sin decir palabra me dejó acercarme,

Cuando me vió a su lado, súbitamente, adoptando una resolución, pronunció algo semejante a lo que leerán ustedes:

—Oye, Salustio: voy a pedirte un favor por Dios y por lo que más quieras. Que no hagas estas tonterías de acecharme y de seguirme: Tú llevarás la mejor intención del mundo; pero confiesa que es una conducta rara... y, sobre todo, que me haces mucho daño, creyendo hacerme bien; que me angustias. Te lo repito: me afliges, me mortificas atrocemente. Si es eso lo que te propones...

—Carmen—le contesté con no menor vehemencia, y nombrándola, acaso por primera vez, sin el diminutivo regional:—tú ves visiones, y quieres hacérmelas ver a mí. Ni te molesta el interés que te demuestro, ni ese es el camino. Al contrario, te agrada: es lo único que te consuela. Y como te consuela y te agrada, pobre mártir, por eso, cabalmente por eso, tienes escrúpulos de una compensación tan insignificante, y has determinado privarte de ella. Lo sé, lo sé, lo adivino...

—Pues adivinas tonterías, y no sabes lo que te dices—contestó ella briosamente, muy nerviosa.—Ni hay tal alivio, ni tal compensación, ni absolutamente nada de eso. El llamarme mártir es un romanticismo bobo. Hazme el obsequio de decirme en qué soy mártir. ¡Mártir, mártir! ¡A cualquier cosa llaman martirio! ¡Qué ridiculez!

Bajo el influjo de su exaltación, accionaba, sus mejillas se arrebatában, llenábanse sus ojos de reprimidas lágrimas. No me arredré: comprendí lo campal de la batalla, y que la misma cólera de mi tía daba un mentís a sus afirmaciones. Conocí que estaba la señora de Unceta en uno de esos momentos en que el sentimiento hierve y se desborda, y en que se puede sacar partido de la fermentación del alma. Si yo me hallase enteramente dueño de mí, tranquilo y frío, tenía asegurada la mejor parte en la lucha; pero lo malo es que yo también empezaba a descomponerme. Mi sangre bullía, mi lengua no acertaba a dar forma a los pensamientos.

—Tití, cálmate—la dije.—Razonemos. No me niegues que tu vida es un martirio... Mira que yo, con esta manía de acecharte, sé mejor que tú misma lo que te pasa. Te he seguido día por día. ¡Como no pienso en otra cosa!

—Muy mal hecho—declaró la tití llorando casi.

—Muy mal, convenido, como quieras... detestablemente... pero es así. Desde el Tejo, desde tu conferencia con el fraile... yaves que telo confieso sin ambages ningunos... desde el Tejo no he perdido ripio. He visto la paciencia valerosa de los primeros días... y la procesión que andaba por adentro; que andaba, señora, no me lo ocultes. Después la alegría de la emancipación, cuando... cuando se... aflojaron ciertos nudos. ¡Ay, tití! Qué alegrey qué guapa te habías puesto entonces! Y luego... *lo de ahora*... la calentura, la quina que tragas, lo que te consumes allá en tu nterior... No, déjame acabar, que he de decírtelo.

¿Conque no es esto suplicio, y suplicio cruel? ¿O los martirios sólo consisten en aquellas salvajadas que cuenta el Año Cristiano, los potros y los ecúleos, y los garfios de hierro que arrancan las costillas? ¡Carmen, Carmen! A otros engañarás, a mí no. No solo eres mártir, sino que eres santa, y a los santos...

Completé la frase con la acción; me incliné, y cogiendo a bulto por donde pude, la bata de mi tía, la besé. Ella se echó atrás con violencia, y gritó entre ahogado llanto:

—Como vuelvas a decir ni a hacer bobadas así... o me voy de casa, o digo a mi marido que te ponga en la calle. Me estás molestando, pero de verdad, con tus consuelos, y tus novelerías, y tus comedias. Si me llamas santa otra vez, créelo, no te dirijo la palabra en mi vida, suponiendo que te mofas de mí descaradamente. ¡Cuidado con mi santidad! ¿Y quién te mete a ti a hablar de santos? Tú tienes unas ideas religiosas... así... nada más que medianas; lo que es de santos, confiesa que no entiendes ni pizca. Vaya, que si yo fuese santa... ¿para qué quería más? ¡Pues ya me había caído el premio gordo! ¡Santa! Me daría por contenta con ser buena, sin añadiduras. Tú no has leído vidas de santas ni de santos. Lo menos que hicieron fué dejarse cortar la cabeza o asar en las parrillas (al decir esto, se rió nerviosamente). ¿Crees tú que se contentaron con morir, y que por esa hombrada sola se fueron al cielo derechitos? ¡Anda, anda! La vida de los santos, antes del instante de prueba, había sido ya una serie de méritos. No habían aborrecido a nadie; habían dominado constantemente sus pasiones, y habían vivido como ángeles. Y yo...

Y tú te juntas al que aborreces—interrumpí,—y tú te alejas del que... te es simpático... y tú trituras tus pasiones como la santa más pintada. No me vengas con santas a mí... Ninguna hizo más que tú.

—¡Avermaría, qué barbaridad!—exclamó sinceramente.—Si no estuviese tan incomodada por tus

desatinos, ahora me reía a carcajadas. Hay para estarse riendo un año (y al decir esto se le soltó una lágrima gruesa, rápida y de esa bonita forma de perla que tienen las de las imágenes). Te digo que sí, que a carcajadas me reía, hombre. Las santas que siendo reinas se fueron a los hospitales a cuidar enfermos asquerosos; las santas que andaban llenas de cilicios que les hacían llagas y costras; las santas que comían diariamente un mendrugo de pan o unas hierbas cocidas y mezcladas con ceniza... ¡Hijo! No más simplezas; soy una pecadora... y esta conversación es ociosa y tontísima. No viene al caso que la llevemos adelante.

Sentí una revolución en mi sér. No me reprimo en aquel instante si me ofrecen la gloria. Estábamos solos en la casa, porque los criados hallábanse reclusos en la cocina, al extremo del largo pasillo. Comprendí que rara vez vería a mi titi tan fuera de su reserva acostumbrada; o, mejor dicho, no reflexioné sobre el caso, sino que me dejé llevar del instinto, el más seguro consejero en guerra y en amor, y atacué a la pobrecilla con este inesperado ardid:

—Pues ya que te empeñas... pecadora serás. Si es pecado lo que se hace contra toda voluntad, lo que nos impone una fuerza superior a nosotros mismos... entonces, pecadora eres, a pesar de tus buenos propósitos.

Alzó la cabeza y me miró con inquietud y ansiedad.

—¿Que te repugna tu esposo? (osadamente). ¿Que no le puedes sufrir? Pues más mérito si le sufres. ¿Que mi compañía te presta... alguna distracción... o algún consuelo? Pues más mérito... más mérito si huyes de mí, y no me permites que me acerque, y ahora mismo te desvías y te arrinconas en el diván para no tocarme ni al pelo de la ropa. ¡Santa, santísima! También para ti hay tentación y corona... No todos los cilicios son de cerdas, ni es el pan duro y las

hierbas sin sal la comida que peor sabe... ¿Verdad, Carmiña? ¿Verdad? Dí que sí.

Articulé estas últimas palabras en voz baja, y con ese tono pasional, que ni se finge, ni se oyo impunemente. Fascinada por el mismo terror que la causaban sus impresiones, mi titi calló, volviendo el rostro. Así permaneció un momento, que yo aproveché para asir otra vez su vestido (no me atreví a las manos) y besarlo con tal unción, que ella gritó como si la mordiese en su carne:

—¡Salustio! ¡Salustio!... De vergüenza estoy que no sé lo que me pasa... O te vas, o salgo a la ventana y grito... Te digo que te vayas... y también que no vuelvas a hablarme en tu vida de semejantes cosas... Es ridículo y bochornoso... Pero tú ¿qué te has figurado? Hasta me tiembla la voz... ¿No comprendes que es una cobardía muy grande meterse con quien no tiene defensa?... ¡Cobarde! No me importa que te parezca mal... Viéndote tan inconveniente me crezco... Ahora te digo que vas a irte por la posta.

Yo me había corrido algo en aquella extraña conversación. No podía retroceder; no había términos hábiles. Además, mi sangre, mi cabeza, mi corazón, eran cráteres furiosos. No contesté, pero mi mismo silencio me dió fuerzas para sujetarla por la ropa y cogerla con dulce violencia las manecitas, contra las cuales apoyé mis mejillas ardorosas y mis ojos, y restregué la frente sintiendo felicidad indecible, balbuciendo sílabas que pretendían, sin conseguirlo, formar palabras. Levanté después la cara y miré a Carmiña sonriendo, enajenado de ventura, sin soltar sus delgadas muñecas. Era mi mirada más elocuente que cuantas declaraciones pudiesen dirigirse a una mujer. Ella no necesitaba que yo le dijese lo que sentía; mis ojos, mi actitud, mi turbada voz sobraban para declararme. Hubo un momento en que por su rostro se esparció otra sonrisa tan luminosa como la mía; pero duró muy poco, reemplazándola una expresión

de terror vivísima. Sin enfado, sin cólera, en tono suplicante, exclamó:

—Déjame, por Dios. Tengo que arreglarme y bajar a casa de Barrientos.

—No es verdad. Acaban de salir a paseo. Las he visto. Ni te toco, ni te sujeto (y al decir esto aflojé las manos). Quiero convencerte de lo fácil que es matarle a uno de alegría. ¡Ay! permíteme que respire, porque soy capaz de ahogarme.

Me levanté y dí tres o cuatro agitados paseos por el gabinete. Reía y lloraba a un tiempo. El convencimiento de la realidad tanto tiempo sospechada me aturdí, y, a poder, me hubiese alejado de allí como el niño que roba dulces y tiene prisa de huir para comérselos a solas. Carmiña, encogida en el ángulo del diván, escondía la cabeza entre las manos. Lo que para mí era revelación de ventura, constituía para ella el descubrimiento de un crimen. Ahora veía la mujer fuerte que yo no era meramente el sobrinito cariñoso y animado, la cara simpática de la familia, sino el *hombre*, —aquel sér que la mujer apetece como la materia apetece la forma,—el único *hombre* del mundo, porque los demás no tienen existencia real en la esfera del sentimiento... Ahora comprendía que su alma, al huir de los brazos conyugales, donde sólo quedaba el cuerpo inerte, se iba en busca de otra alma, la mía, sin saberlo y sin permiso de la honrada voluntad. Ahora averiguaba por qué no tenía ánimos para entrar en la iglesia, por qué adelgazaba, por qué sufría, por qué le hacía daño el sonido de las teclas al recorrerlas sus dedos, por qué se sentía tan alterada y tan... así!... cuando la mujer buena ha de poseer un espíritu apacible, respirar placidez y serenidad, y dejar las crispaciones y las borrascas para las conciencias culpables y los corazones manchados e infieles...

En medio de mi alteración adiviné todo esto. El espeto, la lástima, el cariño delirante, me dictaron

la línea de conducta más discreta. Y fue acercarme a ella y decirle:

—Carmiña, ya me voy... Salgo de casa. No quiero que tengas por mí ni un minuto de contrariedad. No te pregunto nada. Sé cuanto me importaba saber. Ahora no te acecho más. Soy para ti como un hermano... ¿lo oyes? Quita esas manos de la cara, y déjame que te vea... que ya me marchó.

—Separó las manos y apareció con los ojos secos, asombrados, mortalmente pálida. Pero al verme sonreír y dirigirme hacia la puerta, su mirada fue calmándose y destellando luz.

IX

Hay coincidencias. Quien lo niegue desconoce el juego variadísimo y complicado de la vida sentimental; quien lo niegue vegeta; no vive.

Al otro día de la fecha, memorable para mí, de la que en novelesco estilo se llamaría *la escena del diván*, entró mi tío a la hora del almuerzo, teniendo en las manos una carta: y al desplegarla, dijo con tono del que da una rara noticia:

—¿No sabes quién está en Madrid?

Carmiña, levantando los ojos, que tenía clavados en el mantel, preguntó con la indiferencia del que espera pocas contingencias felices:

—¿Quién?

—El Padre Moreno.

¡Que si la hizo eco la nueva! Una impresión fulminante. Saltó en la silla y exclamó con voz entrecortada de júbilo:

—¿Que está... aquí? ¿Desde cuándo? ¿Y por qué no vino a vernos ya?

—Pues está hace dos días:... pero toma, entérate de la carta, y verás en qué consiste que no haya venido.